



Claves de pensamiento

**Releer a Jacques Maritain
(1882-1973). Algunas
ideas clave**

Francesc Torralba

Abril de 2025

Releer a Jacques Maritain (1882-1973). Algunas ideas clave

Francesc Torralba, director de la Cátedra Ethos de ética aplicada, Universitat Ramon Llull

La conmemoración de los cincuenta años de la muerte del pensador francés, Jacques Maritain, el pasado 2023, quedó algo diluida. La ocasión del medio siglo de su traspaso era una ocasión de oro para reflexionar sobre su obra y hacerla descubrir a las generaciones más jóvenes, pero especialmente en Cataluña pasó prácticamente desapercibida.

Esta indiferencia es ya un síntoma. Tendemos a olvidar muy aceleradamente figuras del pasado más inmediato porque sufrimos lo que el propio Jacques Maritain llamó la *novoltarí*, el culto a lo nuevo, por el mero hecho de ser nuevo, sin evaluar qué profundidad y veracidad tiene la moda emergente.

El pensador francés siempre combatió esa tendencia que recorre muchos campos, pero especialmente el mundo de las ideas. Tendemos a venerar la última tendencia, la última obra publicada del último pensador emergente y, a su vez, tendemos a olvidar el pasado.

Jacques Maritain es un autor que, por un lado, está atento a la tradición filosófica clásica de santo Tomás, pero, por otro, tiene un buen radar para captar los latidos de la cultura moderna y contemporánea

que, sin embargo, analiza críticamente en su obra, haciendo un discernimiento. Por eso, a menudo, su obra se encuentra en tierra de nadie.

Los modernos le consideran nostálgico de la Edad Media, de un pasado definitivamente superado, pero los conservadores le recriminan sus concesiones con el pensamiento moderno. No encaja entre los tomistas, pero tampoco entre los personalistas. Los primeros consideran que no es suficientemente fiel a las tesis de Santo Tomás de Aquino, mientras que los segundos le reprochan una visión sustancial de la persona que no subraya suficientemente el elemento relacional.

No se trata, ahora, de hacer un ajuste de cuentas, ni de mirar quién acierta en el juicio sobre la obra de Jacques Maritain. Hay tesis, tesinas y monografías doctas al respecto. No es nuestra voluntad entrar en este florido jardín, pero sí queremos vindicar su figura intelectual y, a la vez, su obra.

Jacques Maritain es un converso, alguien que descubre la fe cristiana de mayor después de un periplo de investigación y escepticismo. Tanto él como su esposa Raïssa son conversos, abrazan la fe y entran a

formar parte de la Iglesia católica en su condición de laicos cristianos.

Se le puede considerar *tout court* como un intelectual católico en el sentido más propio del término. No esconde su fe, hace gala de ella sin complejos, pero, a la vez, trata de comprender a los pensadores de su tiempo, desde los marxistas hasta los liberales, pasando por los existencialistas y los estructuralistas. Dialoga con todo el mundo. Esta voluntad de tejer puentes y diálogo queda bellamente expresada en la obra de Raïssa Maritain, *Las grandes amistades*.

Cabe recordar que el autor de *Humanismo integral* (1936) fue muy leído en nuestro país a finales del siglo XX y que tuvo discípulos como Carles Cardó e inspiró a políticos como Joan Rigol, a quien tuve el honor de dirigir su tesis doctoral sobre Gabriel Marcel, también traspasado en 1973 y de formar parte de la noción de persona en la obra de Jacques Maritain. También el obispo Joan Carrera le citaba con frecuencia en sus escritos y en sus presentaciones orales y el filósofo Jordi Giró le dedicó una muy completa monografía comparando el pensamiento de Maritain con el de Carles Cardó, canónigo de Barcelona.

Hay razones para releer de nuevo a Jacques Maritain. Desde la publicación de *Humanismo integral* ha llovido mucho, pero sus ideas siguen siendo valiosas y pueden ayudarnos a encontrar soluciones a las múltiples crisis que estamos sufriendo, desde la crisis antropológica a la política, tanto a nivel local como global. Inspirado en

la filosofía perenne, Jacques Maritain articula una obra compacta, rica en matices que toca aspectos muy distintos, desde la ontología hasta la estética, pasando por la ética y la filosofía política.

Un breve atisbo en sus monografías nos permite vislumbrar esta riqueza. Es bueno recordar textos suyos como: *Arte y escolástica* (1920), *Antimoderno* (1922), *Introducción a la filosofía* (1931), *Humanismo integral* (1936), *Los grados del saber* (1932), *Cristianismo y democracia* (1943), *El hombre y el Estado* (1951), entre otros. Es un pensamiento en evolución que quedó eclipsado tras otras figuras del panorama filosófico francés que captaron todo el protagonismo cultural y mediático. Maritain es contemporáneo de Jean-Paul Sartre, de Albert Camus y también de Emmanuel Mounier, el padre del personalismo comunitarista.

Su influencia ha sido vasta y honda en muchos campos. La Doctrina Social de la Iglesia de la segunda mitad del siglo XX le debe mucho. Mantuvo una amistad con Pablo VI y es citado como un ejemplo de filosofía cristiana, de armonía entre fe y razón por parte de Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio* de 1998. También es muy larga su sombra en el campo de la democracia cristiana. Defiende siempre los valores inherentes a la democracia representativa por contraposición a la tiranía, pero la sustenta sobre la noción de la dignidad inherente de la persona humana y la noción de bien común.

No nos planteamos en este escrito analizar el grosor de la obra de Jacques Maritain. Una tarea como ésta sobrepasa el propósito de ese texto que se mueve en un terreno más modesto. Nos proponemos resaltar algunas tesis de Maritain que son especialmente valiosas de reconsiderar en nuestro contexto filosófico, ético, político y religioso.

Los clásicos del pensamiento siempre tienen lecciones para enseñarnos y al filósofo francés ya se le puede considerar un clásico del pensamiento contemporáneo. Sigue despertando interés más allá de nuestras fronteras. Sus obras son editadas y traducidas y son leídas por círculos intelectuales y cultos.

No cabe duda de que la terminología que utiliza el pensador francés queda lejos del imaginario colectivo actual. Aquí hay una dificultad que el lector no contemporáneo debe superar si quiere captar la obra del autor de *El hombre y el Estado*.

Jacques Maritain articula una prosa filosófica y teológica inspirada en los conceptos de santo Tomás de Aquino que, a su vez, tienen su fuente de inspiración en Aristóteles, filtrado por san Alberto Magno que fue su maestro. Sin embargo, Jacques Maritain no es un tomista en sentido estricto. Su tomismo ha sido objeto de observaciones críticas por parte de intérpretes de santo Tomás como Garrigou-Lagrange o Étienne Gilson. Es, el suyo, un tomismo *sui generis*, que dialoga con la Modernidad y no ahorra críticas a algunas de las grandes tesis del pensamiento iniciado con René Descartes. También los presupuestos

de la filosofía de Jacques Maritain están muy lejos de la actual atmósfera cultural.

El pensador francés parte de una visión del mundo como creación de Dios, de una comprensión de la persona como imagen y semejanza del Creador y de una concepción trascendente del destino de la persona. Su obra no puede deshacerse del elemento cristiano, porque le es connatural y es lo que le alimenta. La fe crea cultura, la fe no se opone a la razón, sino que la conduce más allá de sus límites. Sin embargo, estos presupuestos están muy lejos de la mente del lector actual. **Jacques Maritain, como buen pensador cristiano, trata de dar razón de su fe, rehúsa al fideísmo y busca en la racionalidad la coherencia de sus planteamientos metafísicos y antropológicos.**

Maritain fundamenta filosóficamente la dignidad de la persona en la capacidad de llegar por la vía del conocimiento a las puertas de la experiencia de Dios. A través de la analogía, se accede a lo desconocido por la vía de lo que se conoce. Algunos pensadores cercanos a Maritain (Gilson, Sertillanges) le critican la excesiva fuerza argumental de alcance metafísico que él atribuye a la analogía. También se llega, dice Maritain, por la "intuición y connaturalidad" del hombre respecto al ser.

Según el pensador francés, la ley natural, expresión y concreción histórica de la ley eterna, es la impronta que Dios creador ha dejado en la conciencia humana. El deseo de inmortalidad indica el

valor espiritual de la persona, su sentido trascendente y el horizonte de su existencia.

Jacques Maritain, así, sigue la doctrina de su maestro, santo Tomás de Aquino. La persona dispone de la capacidad de autoconciencia, de poder replegarse sobre sí misma. Pero, por otra parte, su máxima potencialidad es amar a Dios. Por eso hay que amar a sí misma con el mismo amor con el que ama a Dios. La máxima dignidad de la persona es el amor entre Dios y el hombre: a pesar de poder centrarse en la propia existencia, el hombre es un ser esencialmente abierto a Dios.

Hay dos polos en el ser humano: un polo material, que lo hace sujeto distinto del conjunto de la creación por la propia materialidad, y otro polo, el espiritual, que le da el carácter único, específico, de ser libre por razón de su identidad espiritual.

La individualidad se opone a la universalidad: es el estado concreto de unidad e indivisión que se necesita para existir, con una existencia distinta de las demás. La materia es la razón de esta individualidad: es una especie de no ser, una potencia de receptividad y de mutabilidad sustancial, que, al unirse sustancialmente con su forma, ésta queda particularizada y concretada.

El alma humana constituye con la materia una única sustancia a la vez espiritual y corporal. El alma no es algo, sino un coprincipio de un mismo ser de una sola y única realidad a la vez carnal y espiritual. El alma está hecha para animar a un cuerpo particular en una unión

sustancial. La materia es la razón primera, ontológica, de la individualidad; es una avidez de ser sin determinación por sí misma.

Como individuos, somos fragmentos de una especie, parte del universo; como personas, no solo estamos determinados por las leyes de la naturaleza, sino que somos por la subsistencia misma del alma espiritual, como principio de unidad creadora, independiente y libre.

La personalidad es la interioridad del hombre que exige la comunicación de la inteligencia y del amor. Blaise Pascal decía que solo se pueden querer cualidades, no personas. Esto es falso según Jacques Maritain, porque a su juicio el amor ama realidades, y de ellas, lo que tienen de más profundo, sustancial, lo más existente del ser amado.

El amor es capaz de dar y darse, así como de recibir, y de recibir al otro como un don. El amor no va a las cualidades, sino al problema metafísico de la persona. Para poder darse, es necesario existir, pero no como algo, sino como subsistente que ejerce por sí mismo la existencia, que se posee él mismo, que tiene una existencia espiritual capaz de libertad y de amor.

La persona subsiste como tal en medio del universo y frente al Todo trascendente que es Dios. Por eso, la tradición occidental ve en Dios la soberana personalidad, puesto que su existencia es la pura y absoluta sobreexistencia de intelección y de amor.

Siguiendo la concepción aristotélico-tomista, Maritain define la personalidad como la subsistencia

del alma espiritual integrada en el compuesto humano, de tal modo que así logra poseer su existencia, perfeccionarse y darse libremente.

Personalidad significa, pues, interioridad de sí mismo que exige comunicación y amor.

La persona tiene una relación directa con lo absoluto; su patria es todo el universo de lo absoluto. En definitiva, la persona es imagen de Dios, porque Dios es espíritu y ella tiene por principio de vida un alma espiritual, un espíritu capaz de conocer y amar y poder ser elevado por la gracia para participar de la misma vida de Dios.

El hombre debe perfeccionarse a través de su voluntad para alcanzar lo que su naturaleza posee como un esbozo: debe convertirse en lo que es (Píndaro). Tiene que ganar a sí mismo en el orden moral su libertad, su personalidad. He aquí cómo la educación se convierte en una cuestión fundamental para el ser humano, como esfuerzo, como ascesis. Hay quien cree que en nosotros hay dos cosas separadas: la individualidad y la personalidad; y al querer aniquilar la individualidad lo que hacen es matar a la persona.

La persona es imagen de Dios. Y Dios es la personalidad en acto Puro y es la libertad de independencia en acto Puro; su existencia es el mismo acto de conocer y amar. El hombre, en cambio, es un ser en movimiento: necesita conquistar su ser.

Esta aspiración humana se expresa de dos maneras: como persona humana, constituida con su especificidad, en busca de lo connatural, y como persona

orientada a la participación de la perfección trascendente y que se realiza en Dios de manera infinitamente mejor que en nosotros, perfectísimamente. Estas últimas aspiraciones son transnaturales y metafísicas.

El deseo del hombre de vivir en plenitud su sentido trascendente encuentra en sí las limitaciones, la finitud. Las aspiraciones transnaturales le sobrepasan, por eso debe confesar la propia derrota. Sólo la iniciativa salvadora de Dios puede superar esa limitación humana.

Jacques Maritain inicia su reflexión con la pregunta de si la sociedad es para cada uno de nosotros o cada uno de nosotros es para la sociedad. En el siglo XIX se pasó de una respuesta errónea individualista a otra, igualmente errónea, como la totalitaria. Hay acepciones muy diversas de personalismo. Maritain desarrolla el personalismo desde la perspectiva de santo Tomás.

Ya en el inicio de su obra, **Jacques Maritain resalta que el fundamento de la filosofía social auténtica es el de la dignidad de la persona. Responde a la necesidad de dar a la democracia una filosofía política sólida, a fin de que la democracia no se reduzca solo a una praxis, sino que responda a una convicción compartida.**

El propio autor afirma que, en el contexto de la II Guerra Mundial, es necesario prepararse para el futuro democrático basado en una filosofía política justa y bien fundamentada. Por eso su enfoque, dice, consiste en analizar la cuestión fundamental de la filosofía política,

que es la relación entre persona y sociedad y los derechos de la persona humana.

Ahora hay que circunscribirse a evaluar los fundamentos ontológicos de la persona y la proyección teológica de Jacques Maritain. **El pensador francés sitúa el origen de su reflexión sobre los derechos de la persona en su constitución ontológica. El hombre necesita vivir en sociedad no solo por motivo de su indigencia, sino por su generosidad radical inscrita en la misma naturaleza humana que conoce y ama.**

Vivir en sociedad no es solo una cuestión de supervivencia, sino también y sobre todo de despliegue positivo de las potencialidades humanas. No podemos ser hombres sin otros. Así la sociedad es una exigencia de la propia naturaleza humana.

Maritain propone una filosofía política fundamentada en los principios del humanismo teocéntrico. **La libertad es el despliegue de las potencialidades de la persona, la verdadera emancipación política, que a su vez comporta la auténtica dignificación del hombre en sus aspiraciones transnaturales.**

El fermento cristiano, frente a las falsas construcciones democráticas (anarquismo, liberalismo, antidemocracia...), da el auténtico sentido a la democracia al orientarla hacia el bien común, hacia la amistad cívica, hacia la caridad fraterna. Es la democracia que se fundamenta en el sufragio universal y en el derecho a fundar

una familia y poder desplegar las funciones educativas.

La autoridad, immanente a la democracia, arraiga en la naturaleza humana, pero su fundamento es de orden cultural, puesto que sin autoridad no se podría vivir en comunidad.

Pero la autoridad debe gobernar en comunión con el pueblo. En este sentido, **debe haber una comunión vital y no sólo jurídica entre gobernantes y gobernados. Esta autoridad no debe ser ni demagógica ni burocrática, sino que debe fundamentarse en el pluralismo y debe sujetarse en el principio de subsidiariedad.**

La persona, aun siendo un ser abierto y generoso, no es una persona pura por razón de su materialidad. Si fuese una persona pura, el bien de la persona y el de la sociedad serían siempre coincidentes. Pero el hombre, por tener personalidad, es un todo, abierto e independiente, que necesita entrar en la sociedad desde esta condición constitutiva de ser un todo. Por un lado, es una parte de la sociedad, pero, por otro lado, su relación con el Absoluto tiene unas exigencias más elevadas que superan su pertenencia a la sociedad. Sus aspiraciones supratemporales hacen que trascienda las exigencias de la propia sociedad.

La persona, dice Jacques Maritain citando a santo Tomás, se relaciona con la sociedad como una parte respecto al todo. La persona tiene un alma, es un espíritu que vale más que el universo entero: ahí está la dignidad humana que, para

defender su libertad, está dispuesta a dar la vida.

La persona posee una dignidad absoluta porque está en relación directa con lo único que le puede garantizar su plena realización: Dios. Su patria espiritual es todo el universo de bienes que tienen un valor absoluto (las otras personas), que reflejan en cierto sentido un Absoluto superior al mundo y que le atraen hacia Él.

Es esta realidad humana la que nos hace capaces de captar y amar los valores absolutos que nos forman como imagen de Dios. **El valor de la persona, su libertad, sus derechos, se refieren al orden de las cosas naturalmente sagradas, el de las cosas que llevan la huella del Padre, el de los seres que tienen en Él el fin de su movimiento.**

Jacques Maritain afirma que es la filosofía cristiana la que ha hecho surgir la conciencia de los derechos de la persona por su concepción del hombre y del derecho natural. Insiste en el sentido trascendente de la persona ya en el mismo orden natural, pero el pleno desempeño se encuentra en el orden sobrenatural y de la gracia. Por eso los cristianos deben impulsar el sentido progresivo y perfectible del derecho positivo en la línea de su dignidad.

Desde este planteamiento, Jacques Maritain formula dos movimientos: un movimiento vertical porque la raíz de la persona no es la sociedad sino Dios y porque el fin último de la persona tampoco es la sociedad sino Dios (por eso las personas sobrepasan la propia sociedad política); y un movimiento horizontal, que depende de una ley

desglosada en dos, la de la degradación y la de la sobreelevación de la energía de la historia.

El progreso histórico de la humanidad y la contribución cristiana a ese progreso no son un aspecto más de la persona, como si fuera un apartado específico de su vida. Es toda ella la que está vinculada a los demás, al bien común, a la sociedad.

Estos dos movimientos se encuentran en una relación de tensión permanente. Cada uno de los ámbitos tiene su orden y su dinámica, pero están plenamente relacionados entre sí. La dimensión social y política forma parte del despliegue esencial de la naturaleza humana, huella del mismo Dios.

En este cruce de los dos movimientos mencionados, Jacques Maritain fundamenta la coherencia entre el ser y el actuar de la persona en el ámbito de los derechos humanos.

Éste es el fundamento, el análisis último, de la idea de ley natural que nos expresa nuestros deberes fundamentales.

La personalidad humana es un gran misterio, que se gobierna por la inteligencia y la voluntad. No es solo una realidad material, sino que vive espiritualmente para el conocimiento y el amor. El espíritu es la raíz de su responsabilidad. Al ser un ser autoconsciente y con capacidad de amar, se convierte en un sujeto-todo, un universo del espíritu, diferenciado e independiente; es decir, es imagen de Dios. La persona tiene una dignidad total porque, por sus

condiciones espirituales, se dirige de forma personal y directa hacia quien le garantiza la plena realización: el Absoluto.

Según el filósofo francés, llevamos inscrito en nuestro ser persona una generosidad que nos abre a los demás. Como personas somos un todo, pero no un todo cerrado sin puertas ni ventanas, sino un todo abierto. Por naturaleza, el hombre tiende a la vida social y a comunicarse con los demás. Es decir, al desarrollarnos como personas en comunicación y comunión con los demás, estamos ejerciendo nuestro ser personas. No sólo somos una esencia definida, sino que somos un proyecto, una misión hecha de interrelación humana.

La relación persona-sociedad es una tensión, pero no una tensión continua y sin fin. La apertura trascendente hacia Dios se derrama en el terreno temporal en forma de impulso al amor entre personas.

Por eso, los valores de la persona hacia la sociedad se fundamentan en la tendencia y la orientación a Dios, que dan a la persona un valor de independencia y de totalidad. En su naturaleza humana está inscrito el valor de una generosidad radical hacia los demás.

Esta generosidad es hija de su facultad intelectual y de su capacidad de amar. Por eso la dignidad de la persona ante la sociedad es su posibilidad de comunicación y de comunión con los demás.

El derecho natural, inscrito en la naturaleza humana, contiene los

valores de la persona en el campo de su acción. Al avanzar progresivamente la persona y la sociedad, también progresa la propia conciencia sobre estos valores. El desarrollo humano comporta una explicitación más clara de estos valores del derecho natural.

Cuando el Evangelio penetra en la historia humana, el potencial del crecimiento humano adquiere otro orden, el sobrenatural, que revierte sobre el derecho natural y lo perfecciona en la conciencia del cristiano; y éste se convierte en testimonio de este perfeccionamiento ante el conjunto de la sociedad humana. Es la fe la que nos aporta la conciencia de que somos hijos de Dios. Este derecho natural, cuando se aplica en las condiciones de una civilización concreta, se le llama derecho de gentes.

El derecho positivo es la concreción contingente de la razón y la voluntad en la formulación de leyes y origina costumbres en una comunidad particular. El derecho de la persona humana se fundamenta en una doble realidad: que la persona está plenamente implicada en la sociedad y que a su vez es consciente de que su objetivo último trasciende a la sociedad. De hecho, la gracia perfecciona cada uno de estos hechos, pero no los destruye. **El Estado no puede condicionar las conciencias en su dimensión sobrenatural. Tampoco el Estado puede interferir en la condición de la persona como miembro de una familia.**

Jacques Maritain resume los derechos fundamentales de la persona que se refieren a su dignidad: a la existencia, a la vida, a la libertad personal, a ser dueño de uno mismo y, por tanto, responsable de los propios actos ante Dios y de la ciudad; a poder buscar la perfección de la vida moral y racional de la persona, a buscar el bien eterno, a la integridad corporal, a la propiedad privada de los bienes materiales que salvaguardan la libertad de las personas, a casarse y formar una familia, a asociarse y a ser respetado en la dignidad que tiene toda persona, tanto si aporta como si no aporta valor económico a la sociedad. Y todos estos derechos están enmarcados en los valores absolutos y en los fines más allá de lo temporal.

La persona también tiene unos derechos fundamentales cívicos, las libertades y los derechos políticos, que son: el derecho a elegir a quienes deben ejercer la autoridad, es decir, el derecho de sufragio; el derecho a agruparse en función de las afinidades de ideas y aspiraciones políticas (los partidos políticos que, pese a los abusos que cometen y que hacen degenerar la vida política, son esenciales para el funcionamiento democrático); el derecho del pueblo a darse una constitución como primer y fundamental derecho político; el derecho de asociación y de libertad de expresión (libertad de investigación y discusión).

Cronología

1882: nace en París.

1904: se casó con Raïssa Oumansoff, inmigrante judía de origen ruso.

1906: junto con su esposa, se convirtió al catolicismo, influido por Leon Bloy.

1914-1933, da clases en el Instituto Católico de París. Después en Toronto y Princeton.

1939-1945: se opone al totalitarismo nazi, apoya a la Resistencia y se refugia en Estados Unidos.

1945-1948: embajador de Francia ante la Santa Sede.

1961: premio de la Academia Francesa y en 1963 el premio Nacional de Literatura.

1970: se hace miembro de los Hermanitos de Jesús, con quienes vivía en Toulouse desde la muerte de su esposa en 1961.

1973: muere en Toulouse.

Para saber más

Jacques Maritain, Humanismo integral, 1936. Edición en español de Ed. Palabra

El hombre y el Estado, 1951. Edición en español de Ed. Encuentro

Raïssa Maritain, Las grandes amistades, 1949.

Síguenos en



info@civismo.org
www.civismo.org

© Fundación Civismo, Fundación Konrad Adenauer, Club Tocqueville y todos los autores.